

CRÓNICAS DESDE EL ANONIMATO



De sonrisa en sonrisa

Adrián Guerra (Biblioteca Pública Provincial "Rubén Martínez Villena"). FOTO DE LA AUTORA

SHEYLA
DELGADO
GUERRA DI
SILVESTRELLI

"Se lee para ser feliz", dice, y se le iluminan las expresiones.

Desde su primer día en la Biblioteca Nacional de Cuba —un sábado de 1972, en sus prácticas como estudiante—, ya se había dado cuenta de que su futuro estaría en las salas infantiles y juveniles de una biblioteca. Y así sería durante buena parte de los años que han pasado desde el 1974 en que se graduó.

Pero antes de instalarse definitivamente en los espacios de su sueño, pasó por el Centro de Documentación de la Academia de Ciencias de Cuba. Y, por fin, llegó otro sábado presagiando lo bueno: aquellas horas a solas con ojillos atentos a todo lo que él contaba. Como si las fabulaciones de una felicidad necesaria anticipasen el deseo de reeditar el encuentro. Porque, ya lo ha dicho él mismo, "una buena conversación también es literatura".

A las puertas de los 70, no consigue desprenderse todavía de los recuerdos tejidos en la Biblioteca Pública "Enrique José Varona", del municipio de Marianao. Allí

se rehusó a quedarse atrapado en las fronteras "funcionales" de un bibliotecario; se desdobló incluso en carpintero y transformó los muebles..., y más que eso. Le imprimió un tanto de sí a todo a su paso para hacer más acogedor el momento: esas horas a solas entregado al mejor público.

Su vida tiene las manos repletas de historias, de libros, de niños, de sentimientos. Tal vez por eso el día en que lo hicieron protagonista del programa Con sus propias manos, lo que más le encendió la alegría fue el cariño compilado en testimonios ajenos.

Y las palabras de aquel niño —con un pie atrapado en el yeso y la felicidad huérfana por su mamá "en el cielo"— alcanzan a atravesarle aún la garganta, después de muchos aguaceros. "Él es mi segundo papá", dijo el pequeño a la periodista y a la cámara que grabó el secreto.

O la niña de ojos rasgados —hoy editora de Gente Nueva— confesando que "lo más feliz de su infancia era esa biblioteca". En buena medida también lo fue para su hermano, que de aquellos talleres de

dibujo sacó la fuerza y el desvelo de ilustrador en la misma editorial que su hermana.

Y Adrián Guerra, el "bibliotecario feliz" con vocación de reparador de sueños, se niega a colgarse créditos. "Era solo darles un empujoncito para que tomaran el futuro con sus manos".

Hoy, luego de 14 años en la Biblioteca Pública Provincial "Rubén Martínez Villena", ni siquiera se atreve a imaginar la vida distante de los libros o de los niños. Lo mueve otra ansia: "saltar de sonrisa en sonrisa" y que le regresen la que entrega. "Porque si me la devuelven significa que puedo dormir feliz, que he sido útil".

¿Los premios? Aunque ha coleccionado muchos, en cuadros y objetos, prefiere el agradecimiento que dibuja el rostro. A quien tiene el horizonte en la virtud de ser útil, no le quedan ratos para el ego.

Después se toma el tiempo para un autorretrato: "La vida es una gran aventura y, nosotros, los protagonistas de la nuestra. Lo importante no son las metas paulatinas, intermedias; lo importante es el viaje. Y no hay de otra: tienes que hacerlo feliz".